

Alberto Moravia
La atención

Traducción de Atilio Pentimalli Melacrino

◀ BackList

Editado por Editorial Planeta, S. A.

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Título original: *L'attenzione*

© RCS Libri S.p.A., Milan, Bompiani, 1965-2007

© por la traducción, Atilio Pentimalli Melacrino

© Editorial Planeta, S. A., 2009

BackList, Barcelona, 2009

Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Primera edición: junio de 2009

Depósito Legal: M. 20.627-2009

ISBN 978-84-08-08728-1

Preimpresión: Foinsa Edifilm, S. L.

Impresión y encuadernación: Artes Gráficas Huertas, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España

Prólogo

En primer lugar tengo que decir por qué he escrito un diario. Muchas son las razones por las que se escribe un diario: para anotar hechos que consideramos importantes; para desahogarse, confesarse, volcar confidencias; por ese instinto de economía que a los escritores les sugiere, a veces, aprovechar hasta las migajas de su vida con la finalidad de tener un libro más para publicar; por vanidad y autocomplacencia. Este diario, en cambio, ha sido escrito para sacar de él, más tarde, una novela: es decir, como una recolección de material útil con vistas a la novela aún por escribir. Pero, dado que alguien se preguntará por qué no he escrito directamente la novela sin que el diario la precediera, quizá no resulte del todo inútil relatar los acontecimientos y las reflexiones que me han sugerido escribir el diario antes que la novela.

En su origen, pues, estaba la vergüenza que el pasado me inspiraba. Esta vergüenza habría sido comprensible si en mi pasado hubiese habido algo objetivamente vergonzoso; pero no era así. En mi pasado no había nada de lo cual tuviera que avergonzarme: es decir, no había ningún acto que deseara no haber cometido y que, al mismo tiempo, me inspirase un sentimiento de culpa. En otras palabras: me avergonzaba, pero no sabía de qué. Quisiera ahora decir algo sobre el carácter de esta vergüenza. Por trazar

una comparación, digamos que, para mí, pensar en el pasado era como recordar, por la mañana, una noche durante la cual hubiese bebido mucho y cometido algunas extravagancias. De tal suerte, todo aquello que durante la noche, mientras estaba poseído por la embriaguez, me había parecido justificado, real, significativo, necesario, coherente, todo se me mostraba de pronto insensato, falso, irreal, gratuito. Había por lo tanto, en el fondo de esta vergüenza que el pasado me inspiraba, la idea mortificante de haberme dejado llevar por el cabestro, de haber sido sojuzgado por una ilusión, de haberme engañado tras un espejismo. Y la pregunta que se me ocurría formular no era tanto: «¿Por qué he hecho esas cosas?», sino: «¿Era verdaderamente yo quien hacía esas cosas? ¿Era yo, o era otro?»

La vergüenza que me inspiraba el pasado puede en parte explicar mi carrera de periodista. Aparentemente, esta carrera ha tenido una naturaleza bastante común: yo era estudiante de letras y además escribía cuentos y artículos para un periódico de izquierdas. Repentinamente se me presentó la ocasión de colaborar con un diario conservador y acepté la oferta sin vacilar. Aunque no estaba inscrito en ningún partido, mis ideas políticas eran bien conocidas: por consiguiente, muchos me juzgaron con severidad y dijeron que, al fin y al cabo, me había comportado como tantos ambiciosos que, tras haberse formado en la izquierda, se venden a la derecha. Pero no era así.

Efectivamente, mi paso del periódico de izquierdas al conservador no hubiera podido explicarse por el interés, siquiera inconsciente, ni por un cambio de las opiniones que, como suele ocurrir, coincidiera con el interés. Yo no

me movía por interés, ante todo porque no era ambicioso y luego porque el dinero no me interesaba al no ser yo ni pobre ni codicioso. En cuanto a mis ideas políticas, no las había cambiado: me había limitado a arrinconarlas como algo que, sin duda provisionalmente, ya no tenía importancia en mi vida. No: el motivo por el que había pasado del periódico de izquierdas al conservador no tenía nada que ver con el interés, ni con la ambición, ni con la política. Por establecer una comparación imaginemos a uno que para encender el cigarrillo prende fuego a toda la casa. Es evidente que tiene cierto interés en provocar el incendio, pero el daño es tan superior a la ventaja, y el medio tan desproporcionado respecto a la finalidad, que tanto vale decir, acerca de nuestro fumador, que al quemar su casa tiende, más que a encender el cigarrillo, a desahogar una inclinación morbosa, en este caso, la piromanía. Si esta comparación no es suficiente, he aquí un apólogo que me parece esclarecedor. Al pasar del periódico de izquierdas al conservador yo me comporté más o menos como el loco de un viejo chiste, el cual, tras una larga permanencia en el manicomio, fue dado de alta al ser considerado curado.

Pero antes de enviarlo a casa, el director del manicomio quiso someter a un examen al loco que se había vuelto cuerdo. Lo citó y le preguntó:

—Veamos: ahora eres ya un hombre normal, imagina que has heredado un patrimonio de muchos millones. ¿Qué harías?

El loco contestó sin vacilar:

—Me compraría una honda.

Desconcertado pero no resignado, el director insistió:

—Vamos, reflexiona antes de contestar. Te he dicho:

muchos millones. Una honda cuesta pocas liras. Venga, piénsatelo un poco. ¿Qué harías con esos millones?

Esta vez el loco contestó:

—Me casaría.

—Magnífico. Esto se llama cordura. Y ¿cómo te casarías?

—Me casaría en la iglesia y luego me marcharía de viaje de bodas.

—¿Adónde?

—A París.

—Excelente elección. Y cuando hubierais llegado a París, ¿qué harías?

—Me iría con mi mujer a un hotel.

—Perfecto. ¿Y luego?

—Me encerraría con ella en un cuarto.

—¿Y qué harías en el cuarto?

—Desvestiría a mi mujer. Le quitaría primero el vestido, después las enaguas, después el sostén, después las bragas, después los zapatos, después las medias y por último las ligas.

—¿Y luego?

—Luego con las ligas me haría una honda.

El chiste no nos dice cómo acabó el pobre loco enamorado de las hondas, pero es fácil imaginarlo. Ahora bien, yo había obrado más o menos como ese loco. Había pasado del periódico de izquierdas al conservador, no para hacer carrera, ni para ganar más, ni porque hubiese cambiado mis opiniones políticas, ni por otro motivo «correcto», sino tan sólo para viajar. El periódico de izquierdas era pobre y no podía permitirse el lujo de mantener en el extranjero enviados especiales. De ahí mi colaboración con el periódico conservador.

Alguien preguntará: visto que yo no era pobre, por qué no me pagaba esos viajes con mi dinero. Contesto que, pese a no ser pobre, tampoco disponía de medios suficientes para estar constantemente viajando. Por otra parte, yo también necesitaba una apariencia de justificación personal para viajar; de lo contrario, dado que lo que me interesaba no era tanto el viaje en sí mismo, sino los efectos del viaje, quizá habría recurrido a otros medios menos inocuos para conseguir dichos efectos.

Ahora diré por qué me urgía tanto viajar. Me urgía viajar porque no quería estar en Roma, donde había vivido ese pasado del que, como he sugerido, me avergonzaba. Y esto no porque el pasado, reavivado por la sugestión de los sitios, regresase a mi memoria más a menudo de lo que hubiera deseado. No. En Roma mi pasado tenía un nombre, un aspecto físico, una edad, un sexo, y vivía bajo mi propio techo: quiero decir que era mi esposa. Ahora bien: yo viajaba para no estar con mi mujer o estar con ella lo menos posible, es decir, durante los intervalos entre uno y otro viaje.

Ya he dicho que, aun avergonzándome de mi pasado, no lograba encontrar en él nada que fuese vergonzoso. Ciertamente esta contradicción era extraña y hubiera merecido un serio esfuerzo de atención; pero era esto justamente lo que yo no quería hacer, o, mejor aún, lo que probablemente no me sentía capaz de hacer. Por tanto había llegado a la conclusión de que, siquiera por un tiempo, me convenía mantener a propósito de mi pasado, es decir de mi mujer, una actitud contraria a la atención: es decir, una actitud de desatención. ¿Qué hace la persona desatenta, distraída? Mira a lo lejos y, quizá con ayuda de un poderoso

so antejo, ve perfectamente las ruinas de la ciudad que el terremoto ha destruido durante la noche. Pero, al mismo tiempo, no advierte que ante sus propias narices el terreno está cediendo y su propia casa está a punto de derrumbarse. De igual manera, yo me ocupaba, en mis corresponsalías desde el extranjero, de la civilización de los mayas o del industrialismo en el Japón; pero, al principio por un acto de voluntad y después automáticamente, había llegado a ignorarlo todo acerca de mi mujer y hasta a ignorar su persona a pesar de que vivía conmigo bajo el mismo techo.

Llegados a este punto pienso que debo comunicar algunos datos acerca de mi mujer. Bien: Cora —que así se llamaba— era una mujer del pueblo, modista de oficio, hija de una lavandera y de un hortelano. Por qué motivo yo, joven burgués, hijo de burgueses, culto y de posición acomodada, me había casado con Cora, puedo decirlo en seguida: me había tocado nacer en una sociedad dividida en esos estratos superpuestos que van desde el infierno de la pobreza, siempre subiendo, hasta las beatitudes paradisíacas de la riqueza, estratos que comúnmente se llaman clases sociales; y, viviendo en el paraíso, me había chocado la falsedad que en él reinaba. Esta falsedad era de un tipo particular y bien preciso, es decir, era la inautenticidad propia de toda parodia que no lo sea para quienes actúan en ella: es decir, que sea involuntaria e inconsciente. Ahora bien: en contraste con esta inautenticidad, en mí se había formado —con la lentitud pero también con la naturalidad del proceso que lleva al nacimiento de la perla dentro de la ostra—, se había formado, digo, el mito del pueblo como único depositario de cuanto hay de auténtico en el mundo. Estábamos en 1947; este mito se había

visto confirmado por el fascismo y la guerra: dos catástrofes, si bien se mira, de la inautenticidad. Así se explica cómo desde mi primer encuentro con Cora me enamoré de ella. El mito, en otras palabras, funcionó como todos los mitos: automática y oscuramente. No viene a cuento relatar cómo conocí a Cora. Para dar a entender que se trató de verdadero amor será suficiente decir que el día de nuestro primer encuentro, después de haberla dejado, me eché a andar solo por las calles repitiendo en voz alta, con exaltación: «Es ella, es verdaderamente ella, hacía tanto tiempo que la buscaba y por fin la he encontrado.»

Tras esta especie de iluminación, la historia de mis relaciones con Cora es la de un amor, en el fondo, bastante normal. Seguí viéndola, primero de vez en cuando y durante tan sólo una o dos horas en un cuarto de alquiler, después más a menudo e incluso en otros sitios. Tal como dije, Cora era modista y trabajaba como costurera en una sastrería para mantenerse y mantener a una niña que había tenido durante la guerra, hija de un soldado alemán. No tardó mucho en pedirme que la ayudara a instalar por su cuenta un pequeño taller. Vino luego un pequeño interludio durante el que yo le iba dando dinero y la veía todos los días, pero vivía con mi familia; Cora vivía con la niña en un pequeño apartamento anejo al taller. Después, al perdurar o, mejor dicho, al crecer mi amor hacia ella, le propuse que viviésemos juntos. Para mi sorpresa, Cora no mostró el menor entusiasmo. Dijo que quería seguir siendo libre, que no quería controles, que ella tenía su vida y yo la mía. ¿Qué necesidad había de vivir juntos? Todo iba tan bien tal como estaba, yo en mi casa, ella en la suya, haciendo el amor todos los días durante una o dos horas en el

cuarto adyacente al taller. Entonces pensé que Cora esperaba que yo le diera una prueba de amor más comprometida que la simple convivencia, es decir, el matrimonio. Y así, infatuado de coherencia, le pedí que nos casáramos. Esta vez aceptó, si bien sin excesivo entusiasmo, pero rodeó su aceptación de las habituales condiciones: amante o esposa, quería conservar su libertad, su autonomía, tener una vida suya separada y distinta de la mía. Estas precauciones hubieran debido hacerme reflexionar; en cambio, las atribuí al espíritu de independencia propio de quien, como Cora, hasta el momento se las había apañado sola y siempre había trabajado y ganado lo necesario para vivir. De esta forma por fin nos casamos y fuimos marido y mujer.

El mismo año murió mi padre, que era viudo, y la herencia se repartió entre mi único hermano y yo. En la porción que me correspondió se incluía un apartamento viejo pero espacioso y ventilado, en la última planta de un edificio próximo a la piazza Mazzini. Nos instalamos allí, con Cora y la niña. No sé por qué, tal vez por una inconsciente fidelidad a los gustos de la clase en que me había educado, decoré el piso según el estilo, entonces de moda, de la primera mitad del siglo pasado, entre Imperio y Luis Felipe. Mi intención, al instalarme en esa vivienda amueblada como la de un notario de provincias, era la de dedicarme a escribir una novela, vieja ambición de mi vida. En esa novela relataría la historia de mis relaciones con Cora, desde el primer encuentro hasta el matrimonio. De hecho, me parecía que mi existencia, tras muchas tempestades, había llegado a un tranquilo puerto. Disponía de una pequeña renta que me permitía no tener que trabajar para vi-

vir; tenía una mujer que amaba y una niña que consideraba como a una hija mía; estaba en armonía conmigo mismo, es decir, no sentía la necesidad de cambiar mis ideas ni mi manera de vivir. ¿Qué más? En resumen: estaba en las condiciones de estabilidad que me parecían indispensables para enfrentar la composición de mi novela. Pero justamente entonces se produjo un hecho imprevisible: dejé de amar a Cora.

Dejar de amar es poco decir. No sólo ya no deseaba a Cora, no sólo ya no encontraba nada de atractivo y significativo en esos caracteres populares que otrora me habían llevado a enamorarme de ella, sino que incluso sentía una aversión irrazonable que se expresaba sobre todo como una incoercible angustia, una espasmódica avaricia de mí mismo. Empezó por la relación física: esa sencillez o, mejor aún, rudeza de los modales y de la persona de Cora, que un tiempo me habían gustado porque me sugerían esa autenticidad de la que tenía tan desesperada necesidad, ahora no me decían ya nada e incluso me repugnaban. Inmóvil a su lado, no lograba ya darle un solo beso de mi boca, una caricia de mis manos, un abrazo de mi cuerpo. Pero, por extraño que parezca, no había en mi ánimo la indiferencia que, después de todo, permite ser corteses, afables, hasta afectuosos; que, en otras palabras, permite mostrar esa simpatía a la que todos los seres humanos tienen derecho por el mero hecho de existir. No. Había, en cambio, una hostilidad oscura e irreducible que me asombraba y me asustaba. A partir de entonces el pasado empezó a darme la sensación de una noche de borrachera y extravagancia tal como la recordamos con la mente despejada el día siguiente. Y Cora, que había estado junto

a mí en ese pasado, me inspiraba precisamente el sentimiento que puede suscitar al día siguiente la persona que nos ha secundado en los excesos de la susodicha trasnochada. Cora había sido involuntaria cómplice de la ilusión a la que ahora me parecía haberme sometido amándola y casándome con ella; advertía que ella no tenía culpa alguna; y, sin embargo, no podía dejar de odiarla: precisamente como se odia la causa inocente de un error nuestro.

Aparte de la avaricia de mí mismo, mi aversión se expresaba en un extrañamiento obsesivo y coactivo. A veces pensaba, mientras comíamos sentados a la mesa, o también en la cama mientras ella dormía: «Pero... ¿quién es esta mujer que está sentada ante mí y me habla, me sonríe, me tutea? ¿Que está tendida a mi lado en la cama y me da la espalda y ronca? ¿Qué tengo que ver yo con esta mujer? ¿Cómo diablos está aquí?»

De vez en cuando repetía para mis adentros: «Cora Mancini» y no me parecía estar pronunciando el nombre de mi mujer, sino un nombre leído al azar en el listín telefónico o en el cartel de una tienda; y me preguntaba: «¿Qué es lo que puede haber en común entre la persona que se llama Cora Mancini y yo?»

La avaricia de mí mismo llegó al extremo de que evitaba posar los ojos sobre ella para no concederle ni siquiera lo que a nadie se le niega: una mirada. Con un pretexto cualquiera cambié de sitio en la mesa y me instalé de modo que no la tuviera enfrente. Otra avaricia: si ella entraba en una habitación yo hacía lo posible para salir de allí cuanto antes: no sólo no quería verla, sino ni siquiera que ella me viese. En resumen: una especie de parálisis verdaderamente progresiva me congelaba cada vez más en

una actitud de completa incomunicabilidad, distancia, extrañamiento, repulsión.

Naturalmente, esta parálisis implicaba a todos quienes estaban relacionados de alguna manera con Cora. Fue fácil para mí interrumpir las relaciones con mis suegros, que vivían en un barrio apartado; pero más difícil me resultó con Gabriella, apodada Baba, la niña de Cora, a quien hasta ese momento había considerado y tratado como hija. Hubiera preferido no volver a verla; pero, dado que eso no era posible, sólo logré disimular en parte mi fastidio. Después, en un impulso de estúpida exasperación del que en seguida me arrepentí, cierto día que Baba me llamaba «Papá» le contesté: «No me llames papá porque no soy tu padre, ¿lo has entendido? ¿De acuerdo? Nunca más.» Observé que me miraba con un aire sereno y hasta curioso que me desconcertó. Pero luego, a partir de ese día, el afectuoso apelativo desapareció de su vocabulario; y noté, con un alivio mezclado con cierto remordimiento, que la niña me eludía o, por lo menos, no buscaba mi compañía como en el pasado.

Para dar una idea de la irritada sensación de extrañamiento que me inspiraba la convivencia con Cora y con su hija, quiero añadir que para mis adentros ya no me refería a ellas por sus nombres, sino que les aplicaba apodos. Cora era «la costurera». Pensaba: «¿Qué es lo que quiere la costurera? ¿Qué está haciendo la costurera?» Y Baba era, lamento decirlo, «la bastarda». Me preguntaba: «¿Por qué ha de chillar tanto la bastarda, cuándo dejará de correr por el pasillo la bastarda?» Qué lejos habían quedado los tiempos en que mi jornada se dividía en dos partes iguales, la primera mientras deseaba el encuentro con Cora, la se-

gunda mientras lo añoraba; cuando llevaba a Baba al parque y estrechando su mano en la mía y escuchando su parloteo me parecía experimentar un sentimiento paternal, como si verdaderamente fuese mi hija.

Me quedaba el trabajo, es decir, la redacción de esa novela en la que depositaba todas las esperanzas de un porvenir otrora tan seguro y ahora sobremanera inseguro. Había escrito de un tirón un primer borrador, trescientas páginas en poco más de seis meses, y ahora me preparaba para volver a escribirla, o, mejor dicho, pasarla en limpio y corregirla. La había escrito con indudable felicidad, con la sensación de estarme volviendo cada vez más escritor y novelista página tras página; de tal suerte, en este aspecto de mi vida me sentía protegido y seguro de mí mismo. Mi matrimonio había fracasado, pero por lo menos había servido para escribir la novela. Debo destacar aquí un hecho importante: había empezado y concluido la novela antes del derrumbe de mis afectos familiares, cuando aún me consideraba un hombre felizmente casado. Efectivamente, en la novela mi relación con Cora estaba descrita como positiva y lograda; pero también es cierto que el relato concluía en vísperas del matrimonio.

Un día de aquéllos me senté ante el escritorio, abrí el borrador de la novela y empecé a escribir a máquina. Pero no pasé de las primeras líneas. Repentinamente, asaltado por una sospecha, dejé de lado la máquina y me puse a releer el libro. Leí durante toda esa tarde y por fin cerré el borrador con la espantosa sensación de que mi existencia estaba ya totalmente abierta y expuesta, sin protección alguna, ni siquiera en el aspecto literario. Un aire inconfundible de falsedad, de irrealidad, de inauten-

ticidad, en fin, emanaba de cada palabra de aquel manuscrito.

No quisiera, sin embargo, que se me entienda mal: la novela podía considerarse bien lograda y, ciertamente, no hubiera hecho mal papel entre la producción narrativa de aquellos años. La situación, los personajes, el estilo, la construcción y las estructuras contribuían bastante naturalmente a la formación de un organismo complejo que tenía todas las apariencias de la vitalidad. Y sin embargo esta historia de la búsqueda de autenticidad a través del amor por una mujer del pueblo era absolutamente inauténtica. La inautenticidad no estaba empero en la página, sino, se diría, en los hechos mismos que allí se relataban. Era una inautenticidad constitucional, por así decirlo, como si los sucesos que yo había tratado de narrar hubiesen sido desde el origen, antes de ser narrados, irremediamente inauténticos. Pero yo no había inventado esos acontecimientos: los había extraído de mi pasado más reciente. El protagonista era yo; la chica del pueblo que el protagonista amaba y con la que quería casarse era Cora; el padre y la madre de la chica eran el padre y la madre de Cora; el hermano del protagonista era mi hermano; sus padres eran mis padres; la chica de buena familia que el protagonista dejaba por Cora había sido durante un año mi novia; la ciudad en que vivían y actuaban estos personajes era esa misma Roma en que yo vivía y actuaba. Una vez más, por lo tanto, lo inauténtico no era tanto el libro, cuanto la realidad de la que había sido extraído.

No estoy seguro de ser capaz de expresar el sentimiento de horror que me inspiró este descubrimiento. Por trazar una comparación, era como si de pronto hubiera des-

cubierto que Dios, al crear el mundo, lo hubiese, como suele decirse, «emparchado» con sucedáneos, es decir, con materiales que parecen pero no son lo que hubieran debido ser. O también que Adán y Eva, los primeros que en este mundo obraron, habían creído amarse mientras que en realidad el motivo de su unión había sido otro; y de tal forma, después, sus descendientes y a continuación toda la humanidad habían obrado basándose en motivaciones carentes de autenticidad, multiplicando en progresión geométrica la inautenticidad originaria e inextirpable.

Volviendo a mi novela, yo sentía que mi protagonista amaba a su mujer del pueblo por motivos carentes de autenticidad, de modo que, en el fondo, se podía incluso afirmar que no la amaba en lo más mínimo. Pero precisamente mientras me formulaba esta descorazonadora reflexión Cora estaba allí, en el cuarto de al lado; y yo sabía que todavía estaba vivo el funcionario público que nos había casado; y recordaba las muchas veces que había hecho el amor con ella y cómo lo había hecho; sí, yo había amado a Cora, me había casado con ella, pero estos actos revelaban, al ser examinados, su completa e irreparable inautenticidad. Tan completa e irreparable como para llegar a dudar de que los hechos ocurridos hubiesen ocurrido realmente. Efectivamente: ¿cómo lo que no existía, lo que no había, es decir lo inauténtico, podía dar origen a lo que existía, a lo que había, es decir al acontecimiento? Y sin embargo así era: de la nada brotaba el ser, de lo irreal lo real. Para volver a la comparación anterior, era como si Dios al crear el mundo lo hubiese creado por error. El mundo estaba ahí testimoniando que, incluso inauténticamente, había sido realmente creado; al igual que estaba

allí Cora, en la habitación contigua, testimoniando que pese a ser nuestras relaciones totalmente inauténticas nosotros nos habíamos amado y nos habíamos casado realmente.

No quiero extenderme más sobre la catástrofe de mi narrativa. De pronto, casi sin reflexionar, cogí el manuscrito y me asomé a una ventana del apartamento que daba sobre un terreno baldío rodeado por una empalizada. Este terreno era una especie de basurero; montones de residuos se elevaban por doquier; gatos, chiquillos y vagabundos merodeaban entre las elevaciones y los hoyos. Empecé a romper el manuscrito sobre el antepecho de la ventana, arrojando sucesivamente los trozos que revolotearon largamente en el aire antes de posarse sobre el suelo. Recuerdo que, mientras llevaba a cabo esta operación, contemplaba la avenida en que se hallaba mi edificio: al fondo podía ver ordenados los plátanos del Lungotevere y la ribera opuesta del río, con las casas alineadas y sobre las casas una colina rocosa, y sobre la colina un bosque de pinos y sobre los pinos el cielo azul del hermoso día veraniego; y pensaba que Dios, después de haber creado el mundo, quizá había sentido también que estaba absolutamente privado de autenticidad y por un instante había tenido la tentación de destruirlo. Pero luego había renunciado, había sido más valiente que yo o más obstinado en el error. Y así el mundo había proseguido de falsedad en falsedad, cada vez más inauténtico. Tiré al vacío sin romperlas las últimas hojas del manuscrito y luego miré cómo revoloteaban por el aire dirigiéndose, casi se hubiera dicho que con intención, voluntad y alivio, hacia los montones de basura, allá abajo en el terreno baldío. Y me di cuenta

de pronto de que de esta manera rudamente simbólica había liquidado, aparte de mi ambición literaria, toda mi vida pasada.

Inmediatamente después caí en un estado de profundo abatimiento. Me parecía, como a veces ocurre en sueños, que estaba aferrado a una pared lisa y vertical, suspendido sobre un abismo, y que no era capaz de subir, ni de bajar, ni de quedarme donde estaba. Estaba casado con una mujer más vieja que yo y que se había vuelto para mí una perfecta extraña, con una hija que no era mi hija; ya no creía en las cosas en que hasta ahora había creído, ni me parecía ser capaz de sustituirlas por otras más valiosas; por último, me había rendido ante la idea de que la obra para la cual puede decirse que me había preparado durante toda la vida, había fracasado. El único elemento en cierta forma positivo era que tenía treinta años; pero esta conciencia de mi juventud me hacía volver a sentir con más agrio dolor la condición de absoluta impotencia en que me había hundido. Efectivamente, sentía que pese a tener posibilidades ilimitadas no disponía de medio alguno para servirme de ellas.

Una característica de aquel período de desesperación es que no pensé para nada en separarme de Cora, como tal vez hubiera hecho cualquiera en mi lugar. La separación hubiera sido un acto, y yo me sentía ya del todo incapacitado para obrar en un sentido u otro, había reconocido que obrar equivale a mentir: es decir, crear nueva y peor inautenticidad a medida que de una acción nacía y se desarrollaba otra. En cambio fue Cora, quien, al parecer, no compartía mis ideas sobre la inautenticidad de la acción, la que provocó esa ruptura que yo no me sentía capaz de enfrentar.